

Heredera de oscuridad

Dunai Marabou



Image not found.

Capítulo 1

A veces el exceso de poder te aísla de los demás, y la soledad provoca la lenta y dolorosa muerte que todo el mundo teme.



PRÓLOGO

Aerian del clan de las Mahendrin se había adentrado sabiendo las consecuencias en el basto y fosco territorio de las Taers, que habían sido engullidas por el olvido a través de generaciones y generaciones de seres sobrenaturales que fueron naciendo en Johên. Se encaramó al grueso tronco del tosco árbol que la escondía y por el que recorría sabia de la vida. Observó con atención cada devastado recoveco, y oyó el aleteo de algo, elevó la mirada al cielo para dar con un cuervo nada sutil.

Trató de espantarlo con un brusco movimiento de muñeca, pero solo consiguió que este comenzase a graznar como un loco, y aletear, como si tratase de delatar su posición a las Taers, que se suponía que se encontraba allí, o por lo menos muy cerca de allí.

Aerian sintió un cándido hormigueo recorrer su cuerpo hasta almacenarse en la punta de sus dedos, y una débil llamarada azul nació en estos. Cerró el puño con fuerza y retuvo el poder como pudo en su interior, de donde no debía salir si no quería ser descubierta por una localizadora. Se llevó una mano al pecho y tranquilizó su respiración.

No debía destilar demasiado poder si no quería ser encontrada al segundo por alguna Taer, una gran concentración de poder era muy sencilla de localizarse y ella lo sabía porque lo sentía en su interior, porque esa energía tiraba de ella y la obligaba a continuar avanzando. Pero debía ser sigilosa si consideraba su vida algo significativa.

Por unos segundos vio la esperanza en su avance. Había estado estudiando el territorio que recorrería durante largos y duros meses, había sabido siempre los peligros que la acecharían una vez llegase allí, y aun así no se había echado hacia atrás porque sabía que encontrar el amuleto de Kändrim supondría un gran progreso para las Mahendrin, ya que al fin y al cabo el amuleto les pertenecía a ellas y no a las Taers. Quienes lo habían robado con la excusa de que, al ser las hechiceras originales ellas tenían todo el derecho de ostentar el amuleto, de modo que las Mahendrin no pudieron reclamar a Kändrim, así que tendrían que jugar sucio también

si eso es lo que las Taers deseaban.

Y eso justamente es lo que estaba ocurriendo, que las brujas más poderosas de Johên se habían enfadado, y nada podría pararlas ahora que habían comenzado a jugar.

Porque habían nacido para ganar. Siempre.

Una fría brisa de aire del norte besó la nuca de Aerian, y bajó la mirada al colgante de Metalite que descansaba sobre su pecho. Tomó una gran bocanada de aire y le lanzó una mirada furtiva a su derecha, donde no había nada más que polvo y la luna, que la bendecía y la vigilaba desde su puesto en el cielo.

Aerian retomó el trote y volvió a correr, cuando sintió un campo de concentración de magia, quizá unos cuantos pasos por delante, pero había mucha magia acumulada, demasiada para ser algo bueno, lo primero que se le pasó por la cabeza fue que allí se estaba dando un aquelarre, donde brujas de todos los clanes se reunían, pero luego sacudió la cabeza rechazando esa idea. No podía ser porque nadie había avistado un aquelarre, así que conjeturó que aquella concentración de energía se debía a que aquel no era un territorio normal y corriente, sino de las hechiceras originales, de quienes todas y todos habían nacido.

Las Mahendrin eran sus descendientes, sin embargo en su interior retenían mucho más poder, pero era distinto al de las Taers ya que el poder de las Mahendrin era de algún desconocido y retorcido modo más oscuro.

Una rama crujió bajos sus pies, y con un mísero pensamiento elevó un poco los bajos de su vestido para comprobar que aquello que se había quebrado no era una rama, sino el hueso de un dedo de origen humano. Una presa que no había conseguido escapar.

La mitad del cuerpo enlazado al dedo estaba enterrado bajo tierra, Aerian dedujo que estaba falto de huesos que seguramente las Taers habían usado para realizar conjuros que requerían algo más que magia. Mucha más energía. Y nada más imaginarse uno de esos aquelarres se le puso la piel de gallina. La retorcida mente de las hechiceras muchas veces la sorprendía.

Cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir algo le llamó la atención.

—Cuidado, cuidado—dijo el cuervo con una voz nasal, y antes de que Aerian pudiese reaccionar de alguna manera, cientos de hechiceras se hicieron visibles.

Maldita sea ¿cómo no se le había ocurrido? Las Taers se habían hecho invisibles para no ser percibidas por sus ojos, y su sexto sentido las había sentido, pero en cambio ella había pensado que avanzar era lo único que la acercaría a aquella retención de magia.

Tragó saliva antes de recular unos cuantos pasos. Sabía que las posibilidades de salir indemne de allí eran imposibles, ella terminaría tan mal como el cadáver del suelo, o puede que tan mal no, sino peor.

Estrechó el colgante en su mano, y le pidió al cielo que la sacara de allí. Pero sabía que eso era inútil porque cientos de hechiceras Taers estaban preparadas para abalanzarse sobre ella.

Y ShaedianVicertein avanzó con una sonrisa gloriosa dibujada en su rostro, y Aerian le mostró los colmillos en un siseo. Las facciones de Shaedian se contorsionaron en una mueca cargada de asco, y giró el rostro de su rival con un mísero pensamiento.

—Me pregunto por qué una Mahendrin de tan baja calaña se encuentra en mi hogar, que yo sepa hoy no toca un aquelarre—miró a sus compañeras, que asintieron dándole la razón.

La concentración de poder aumentó, y Aerian no tuvo más remedio que agachar la cabeza, cuando sus pupilas dieron con las manos de Shaedian: envueltas en llamas púrpuras.

Púrpura; el color del poder.

Aquello no apaciguó para nada sus nervios. Y Shaedian cogió su rostro clavándole las uñas, Aerian sintió un ardor en su piel que la hizo gritar, pero no derramó ni una sola lágrima pese a necesitarlo.

Porque romper en llanto ante sus enemigas solo demostraría debilidad, y las Taers solo harían cosas peores con ella, así que prefería una muerte rápida pero dolorosa a una tortura prolongada, dolorosa y finalmente seguida de la muerte.

Su rostro se mostró inescrutable en todo momento, hasta que el agarre de Shaedian se volvió más firme y fuerte. Cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir y elevó la mirada, dio con el fuego en los iris de la Taer.

—Una vez os dije que Kândrim nos pertenecía a nosotras, y no podéis respetar algo tan sencillo como eso ¿Acaso significa que debemos dar por finalizada nuestra tregua?

Los pies de Aerian dejaron de tocar el suelo cuando Shaedian la alzó con solo el agarre de su mandíbula. Sus ojos mostraron solo más y más

enfado del que ya había visto.

—Ese amuleto nos pertenece—repuso entre dientes Aerian, con las lágrimas presionando sus ojos, golpeando con diminutas manos para poder salir—. Solo usáis excusas baratas porque queréis poder, y poder.

—Entonces Taers de Mahendrin no nos diferenciamos tanto, por lo visto.

—No sabes lo que estás diciendo, la ira y la envidia te ha cegado, Shaedian. Solo estás conduciendo a estas pobres ingenuas por un camino lleno de zarzas que terminarán clavándoseles.

El agarre de Shaedian se volvió más ardiente todavía, y la piel de Aerian comenzó a derretirse. Esta empezó a apretar la mandíbula con toda la fuerza que tenía. Debía resistir y por nada del mundo delatar a su clan.

—Quizá se les claven, pero un hechizo las liberará del sufrimiento y el dolor.

El fuego de la mano de Shaedian comenzó a expandirse por el cuerpo de Aerian, que en un principio no mostró ningún resultado, hasta que sus venas comenzaron a explotar por su interior. Y Aerian empezó a toser sin poder evitarlo, expulsando sangre por doquier, todas las Taers rieron, y Aerian no pudo sentirse más humillada cuando se vio envuelta por un charco de sangre. Su propia sangre, ni siquiera pudo imaginar cual debía ser su aspecto, pero tampoco le pareció algo muy importante comparado con el dolor que sentía.

Tensó todos los músculos de su cuerpo y empezó a temblar cuando la mano de Shaedian empezó a soltar chispas lilas.

La Taer echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada por el horripilante aspecto de su enemiga, dejó caer las chispas sobre el suelo, y las hojas secas caídas en el reciente otoño fueron suficiente para funcionar a modo de pira de fuego para Aerian, que soltó un grito que recorrió todo el bosque, y que de algún modo llegó a cruzar los límites entre Johên y la normalidad.

—Arde a gusto, Mahendrin.

El cuerpo de Aerian empezó a tornarse cenizas, empezando por sus piernas. Ella sentía un lacerante dolor que la obligaba a gritar, y segundos antes de desaparecer para siempre, miró a Shaedian y sonrió.

—Juro que algún día mis descendientes acabarán con todas las brujas de Johên, y el único clan que quedará en pie será el Mahendrin.

Shaedian no comprendió lo que su adversaria le acababa de decir.

¿Sus descendientes? Que ella supiese Aerian no había tenido jamás hijos con nadie.

La esencia de la recién fallecida escapó de su cuerpo, y atravesó el cielo en busca de un cuerpo del que apoderarse. El viento la transportó con rapidez, y no duró mucho tiempo hasta que se dividió en dos, y la esencia dos caminos al mismo tiempo recorrió.

En una casa desolada se adentró, donde nadie parecía habitar, y se metió en el cuerpo de una pequeña niña recién nacida. Esta comenzó a llorar y gritar, y la cuneta se balanceó de lado a lado ante las sacudidas de la pequeña. Sus padres no tardaron mucho en levantarse y correr a socorrer a su indefensa hija, ya no tan indefensa.

Mientras tanto la otra partición de la esencia se había adentrado en el hogar de una feliz familia que acababa de regresar de pedir caramelos debido a que era Halloween. Se metió en el cuerpo de una niña que debía rondar los seis años, y esta se sintió extrañamente desolada por dentro.

Miró a su derecha, después a su izquierda y después: las bombillas de su casa estallaron en un chasquido silencioso, la niña lloró para no volver a hacerlo en un período de mucho, mucho tiempo.